

REVISTA DE ARTE



OCTUBRE - NOVIEMBRE.

1934

Año I

N.º 3

PUBLICACION BIMESTRAL DE DIVULGACION DE LA FACULTAD DE BELLAS ARTES DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE

N O T A S
SOBRE LA FOTOGRAFIA
E N C H I L E

I. JORGE OPAZO

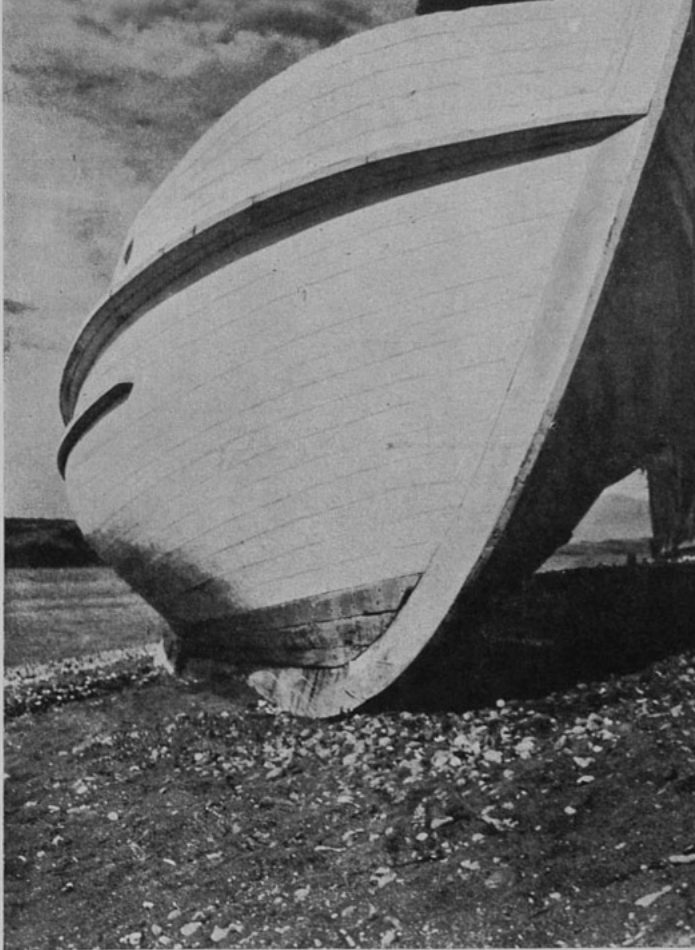
RESEÑAR, aunque sea brevemente, la actividad fotográfica en nuestro país, enfocarla en su aspecto plástico, no es tarea que presente pocas dificultades. Desde luego, nuestras revistas de arte no han prestado merecida atención a este oficio, las Exposiciones, sólo desde hace dos o tres años dedican algunos muros a la exhibición de las obras fotográficas, el público, en fin, no se ha ocupado del problema más allá de admirar algunas «puestas de sol a contraluz» en las páginas de algún semanario ilustrado. Sólo algunos iniciados han seguido de cerca la polémica que alrededor de la fotografía surgió hace un decenio en los medios artísticos de Europa, polémica en que los dos bandos—defensores e impugnadores—por el camino de la intransigencia, llegaron a oscurecer el fondo del problema. Unos, los fotógrafos, reclamaban el rango de artistas, de pintores, que sirviéndose del objetivo creaban belleza, los otros, le negaban toda participación en el campo de la creación artística, relegándolos al rol de simples captadores de la realidad exterior. Todo esto fué un absurdo. La fotografía con sus medios propios, con su técnica personalísima, dependiendo de la mecánica, a la cual le

debe su desarrollo, dió nacimiento a una nueva modalidad de expresión, llámesele arte o no, apropiado para sintetizar y expresar una época dinámica y múltiple. El problema dejó de tener importancia para los fotógrafos y por una situación curiosamente paradójica, son ellos los que ahora lamentan el que algunos pintores no asuman otro papel que el de simples fotógrafos. Deben, pues, los pintores agradecer a los fotógrafos el haberles enseñado lo que no deben hacer. No debemos ocultar tampoco que el sueño secreto y culpable de algunos fotógrafos fué el de igualar a la pintura. En cada época cogieron la visión de ciertos pintores. En 1900 se hacían fotografías a la manera de Carriere, de Puvis de Chavanne; poco después se les daba el aspecto de sanguinas, de carbones, de grabados. Hoy día, y de eso hay que felicitarlos, los fotógrafos hacen fotografía. Ahí están los dignísimos ejemplos europeos de Man-Ray, de Kertesz, de Parry, de Moholy Nagy, de Germaine Krull y, a mi juicio, el más nuevo e interesante de todos, Florence Henri; ejemplos americanos como los de Tina Modotti, Horacio Coppola, Graciela Aranís, Jorge Opazo, Molina Lahitte, María Rosa González.

Por las razones expuestas más arriba referentes a la dispersión en que se encuentra la mayor parte de la labor de nuestros fotógrafos, intentaremos en estas páginas perfilar la de aquellos artistas que han abandonado el terreno puramente especulativo para expresar con su visión nueva y personal aspectos de un mundo que no conocemos y cuya obra habrá contribuido en forma innegable al desarrollo de la fotografía en nuestro país.

Acaso el más representativo de todos sea Jorge Opazo.

Su obra puede sintetizarse como la de un gran temperamento, cuya inquietud no le desvía hacia la producción dispersa, floja, ambigua; porque si desde hace algún tiempo sus búsquedas le llevan de un campo a otro, hay



Foto, Jorge Opazo



Foto. Jorge Opazo

una línea, un concepto fundamental que informa su obra, despojándola en cada ocasión de las impurezas de la moda en «la manera de hacer», tan frecuente en un oficio cuyos medios están al alcance de todos. Queremos subrayar ese hecho: el carácter tan personal de las fotografías de Jorge Opazo y al mismo tiempo su libertad de concepto. No es el hombre aprisionado por una fórmula. Es el artista que imprime a sus imágenes el sello característico de su temperamento. Así, la quilla del viejo barco tendido en la playa, la comba de las velas al viento, el transparente globo de una pecera, como el perfil delicado de una mujer y el arabesco de la sombra de sus brazos, todo tiene el mismo ritmo, la misma necesaria medida. Para él no hay sólo problema de luz y de sombra, en sus fotografías tienen también importancia otros elemen-

tos; sabe valorizar la materia de un objeto, dar atmósfera a un interior, comunicar vida a un bello rostro.

Alguien decía que descubrir no es más que saber mirar mejor que otros. Cuántas veces ante los hallazgos fotográficos de este artista hemos recordado esa frase. Aquel circo frente al cual pasamos cien veces, aquella pared que nunca nos dijo nada, el cenicero abandonado sobre la mesa de trabajo, la mano que se apoya sobre un cojín, sólo después nos dimos cuenta que existían, que tenían una vida ignorada para nosotros, sólo después cuando la gelatina sensible de una placa fotográfica, guiada por manos sensitivas, nos las devolvió hecha obra de arte.

¿Su especialidad? Ya dijimos que Jorge Opazo, llevado por su deseo de lo nuevo—no de lo novedoso—y por su espíritu inque-

to, no se detiene en un aspecto de la fotografía, sus imágenes son múltiples, naturalezas muertas, paisajes, retratos y ese otro género de la fotografía, muy propio de ella, podría decirse exclusivo, que no tiene nomenclatura y que consiste en resolver un problema de volúmenes y de luz, aprovechando la deformación que la lente proporciona a los objetos situados muy cerca en su campo visual. Pero su labor más cautivante es el retrato. Despreñándose de la tiranía que impone la profesión o más bien, sobreponiéndose a ella, ha podido crear un género muy variado. Sus retratos nunca se repiten. Cada una de sus



Foto. Jorge Opazo



obras es el fruto de una experiencia en que interviene su sentido plástico, destacando de sus modelos lo que pueda revelar su esencia psicológica y las líneas primordiales de la forma.

En el futuro, cuando alguien intente el panorama de la fotografía en nuestro país, no podrá prescindirse de la labor de este artista en cuyas manos la invención de Daguerre ha tenido la dignidad de una obra de arte.

Mario Vargas.